

THOMAS PYNCHON
VICIO PROPIO

Traducción de Vicente Campos

TUSQUETS
EDITORES

Ella vino por el callejón y subió las escaleras traseras, como antes. Hacía un año que Doc no la veía. Que nadie la había visto. Por entonces iba siempre en sandalias, con la parte de abajo de un bikini estampado de flores y una camiseta desteñida de Country Joe & the Fish. Pero esa noche vestía de pies a cabeza como una chica de tierra adentro y llevaba el pelo mucho más corto de lo que él recordaba: la pinta que ella juraba, en el pasado, que nunca tendría.

—¿Eres tú, Shasta?

—Se cree que está alucinando.

—Supongo que es por el nuevo envoltorio.

Los iluminaba la luz de la calle que entraba a través de la ventana de la cocina, a la que nunca se había molestado en poner cortinas, y desde la falda de la colina les llegaba el estampido de las olas. Algunas noches, con el viento apropiado, se oía el oleaje en toda la ciudad.

—Necesito tu ayuda, Doc.

—¿Sabes que ahora tengo una oficina?, ¿como un empleo normal y todo eso?

—Te busqué en el listín telefónico; estuve a punto de pasarme por allí. Pero luego me dije: mejor para todos que esto parezca una cita secreta.

Pues muy bien, nada romántico esta noche. Mal rollo. Pero a lo mejor todavía caía algún encargo remunerado.

—¿Te vigilan?

—Acabo de tirarme una hora dando vueltas por las calles de los alrededores para no llamar la atención.

–¿Te apetece una cerveza? –Se acercó a la nevera, sacó dos latas de la caja que guardaba dentro y le dio una a Shasta.

–Hay un hombre –decía ella.

Claro, tenía que haberlo, ¿a qué venía ponerse sentimental? Si le hubieran dado cinco centavos cada vez que un cliente le había contado su historia empezando con esas palabras, ahora estaría en Hawaii, colocado día y noche, currándose las olas en Waimea, o, mejor aún, habiendo contratado a alguien que se las currara por él...

–Un caballero de las más rectas convicciones –dijo risueño.

–Ya vale, Doc. Está casado.

–Una... buena situación económica.

Ella se echó hacia atrás una melena que ya no tenía y alzó las cejas: *sí, y qué*.

Por Doc, nada, chachi.

–Y la esposa... ¿sabe lo vuestro?

Shasta asintió.

–Pero también se está viendo con alguien. Sólo que no es lo de siempre, ella y el otro están tramando algo, algo horripilante.

–Para largarse con la fortuna del maridito, sí, me suena, tengo entendido que eso ha pasado un par de veces en L.A. Y... exactamente, ¿qué quieres que haga? –Encontró la bolsa de papel en la que se había traído la cena a casa y se afanó simulando que garabateaba notas encima, porque con su uniforme de chica virtuosa, su maquillaje que se suponía que no debía notarse ni de cerca, ahí le llegaba la vieja y bien conocida erección que, tarde o temprano, Shasta siempre le provocaba. ¿Es que esto no acaba nunca?, se preguntó. Claro que sí. Se acabó.

Entraron en el salón delantero; Doc se estiró en el sofá, pero Shasta se quedó de pie y se puso a dar vueltas.

–Lo que pasa es que quieren que participe –dijo ella–. Creen que yo soy la única que puede llegar hasta él cuando es vulnerable, o lo más vulnerable que puede ser un hombre como él.

–Con el culo al aire y dormido.

–Sabía que lo entenderías.

–¿Todavía no tienes claro si está bien o mal, Shasta?

–Peor aún. –Le taladró con aquella mirada que él recordaba tan bien. Cuando se acordaba–. No sé cuánta lealtad le debo.

–A mí no me lo preguntes. No sabría qué decirte, a no ser que quieras que te suelte el rollo habitual de que uno le debe algo a cualquiera con el que folle habitualmente...

–Gracias, en el consultorio de la señorita Abby vinieron a decirme casi lo mismo.

–Chachi. Entonces dejemos a un lado las emociones, veamos el dinero. ¿Qué parte del alquiler paga?

–Todo. –Durante apenas un segundo, captó la vieja y desafiante sonrisa de ojos entornados.

–¿Mucha pasta?

–La bastante para la pijeza de Hancock Park.

Doc silbó las notas iniciales de *Can't Buy Me Love* pasando por alto la expresión de la cara de Shasta.

–Y tú le estás compensando con creces todo lo que le debes, claro.

–Cabronazo, si llego a saber que seguías tan amargado...

–¿Yo? Sólo intento ser profesional, nada más. ¿Cuánto te ofrecían la mujercita y el noviete para que participaras?

Shasta dijo una suma. Doc había visto de todo, había dejado atrás Rolls trucados llenos de indignados traficantes de jaco en la Pasadena Freeway, adelantándolos a más de ciento cincuenta en la niebla, negociando aquellas curvas burdamente concebidas; había paseado por callejones al este del río Los Ángeles sin más protección que un peine afro en sus pantalones anchos; había entrado y salido del Palacio de Justicia llevando encima una pequeña fortuna en hierba vietnamita..., y últimamente casi se había convencido de que esos tiempos temerarios habían acabado, pero en ese momento volvió a ponerse muy nervioso.

–Entonces esto... –midió las palabras–, no se trata tan sólo de un par de polaroids clasificadas equis. Ni de maría colocada de extranjis en la guantera ni nada por el estilo...

En el pasado, ella podía estarse semanas sin esbozar nada más complejo que una mueca de desagrado. Ahora le dedicaba una abigarrada mezcla de ingredientes faciales que él no sabía descifrar. A lo mejor era algo que había aprendido en la escuela de interpretación.

–No es lo que estás pensando, Doc.

-No te preocupes, ya pensaré más tarde. ¿Qué más?

-No estoy segura, pero parece que quieren encerrarlo en una especie de manicomio.

-¿Quieres decir legalmente?, ¿o secuestrándolo o algo así?

-A mí nadie me cuenta nada, Doc, yo sólo soy el señuelo.

-Ahora que lo pensaba, él nunca había notado tanta pena en su voz-. Me han dicho que sales con alguien de la ciudad.

¿Salir? Bueno, podría decirse así.

-Oh, ¿te refieres a Penny? Una buena chica de tierra adentro que anda por ahí buscando las emociones fuertes del amor hippy, poco más...

-Y también una ayudante del fiscal del distrito en la oficina de Evelle Younger, ¿no?

Doc lo pensó un momento.

-¿Crees que alguien de allí puede impedir que lo que me cuentas llegue a ocurrir?

-No puedo llamar a muchas puertas con esta historia, Doc.

-Muy bien. Hablaré con Penny, veré qué podemos ver. Tu feliz parejita... ¿tienen nombres, direcciones?

Cuando oyó el nombre del caballero en cuestión dijo:

-¿Es el mismo Mickey Wolfmann que siempre sale en los periódicos? ¿El pez gordo de las inmobiliarias?

-No se lo puedes contar a nadie, Doc.

-Soy sordomudo, es un requisito de mi profesión. ¿Algún número de teléfono que quieras darme?

Ella se encogió de hombros, frunció el ceño y le dio un número.

-Procura no utilizarlo nunca.

-Chachi, ¿y cómo te localizo?

-No me localizas. Me he ido de mi antiguo piso, ahora me alojo donde puedo, no me preguntes más.

Poco le faltó a él para decir: «Aquí sobra sitio», por más que no sobrara; pero la había visto echar una ojeada a todo lo que no había cambiado -la auténtica diana de pub inglés sujeta a la rueda de carreta y la lámpara colgante de prostíbulo con la bombilla de color púrpura psicodélico y el filamento vibrante, la colección de maquetas de automóviles trucados confeccionada por

entero con latas de Coors, la pelota de vóley playa firmada por Wilt Chamberlain con un rotulador Day-Glo de fieltro de tinta fluorescente, el cuadro de terciopelo y todo lo demás...-, con una expresión de, cabría decir, repugnancia.

La acompañó colina abajo hasta donde había aparcado. Las noches de los días laborables no eran por aquí muy distintas de las de los fines de semana, así que esta parte de la ciudad era un bullicioso hervidero de buscadores de juerga, bebedores y surfistas gritando por los callejones, drogotas que habían salido a comprar algo de comer, tipos de tierra adentro que estaban de fiesta esa noche para acosar a azafatas, damas de tierra adentro con empleos normales más a ras de suelo deseando que las confundieran con azafatas... Colina arriba e invisible, el tráfico del bulevar que salía y entraba de la autopista emitía melodiosas frases de tubo de escape que descendían en ecos hasta el mar, donde las tripulaciones de los petroleros que navegaban por la costa, al oír-las, podrían haberlas tomado por voces de la vida salvaje ocupada en sus quehaceres nocturnos en una costa exótica.

Se detuvieron en la última bolsa de oscuridad antes del resplandor de Beachfront Drive, un gesto intemporal de los peatones en estos lares que por lo general anunciaba un beso o, al menos, un buen magreo de culo. Pero ella dijo:

-No sigas, podría haber alguien vigilando.

-Llámame o algo.

-Nunca me fallaste, Doc.

-No te preocupes. Yo te...

-No, lo digo en serio, nunca.

-Oh..., claro que lo hice.

-Siempre fuiste sincero.

Hacía ya horas que la playa estaba a oscuras, él no había fumado mucho y no había faros..., pero antes de que ella se diera la vuelta, Doc habría jurado que había visto una luz incidiendo sobre su cara, la luz anaranjada que aparece justo después de que se ponga el sol y que se refleja en un rostro vuelto hacia el oeste mientras contempla el océano, a la espera de que alguien, con la última ola del día, regrese a la orilla y a la seguridad.

Al menos, conservaba el mismo coche, el Cadillac descapable que tenía desde siempre, un Eldorado Biarritz del 59 comprado de segunda mano en uno de los solares de Western donde la gente se sitúa cerca del tráfico para que éste se lleve el olor de lo que sea que fumen. Cuando Shasta se fue, Doc se sentó en un banco del paseo marítimo, de espaldas a una larga hilera de ventanas iluminadas que ascendían por la pendiente, y contempló las flores luminosas de la espuma del oleaje y las luces del tráfico tardío de las afueras zigzagueando por la remota ladera de Palos Verdes. Repasó las preguntas que no había hecho, como, por ejemplo, hasta qué punto se había acostumbrado ella a los niveles de bienestar económico y poder que Wolfmann le garantizaba, si estaba dispuesta a volver al estilo de vida de bikini y camiseta, y si le pesaría o no. Y también la pregunta más difícil de plantear: ¿estaba genuina y apasionadamente enamorada del bueno de Mickey? Doc conocía la respuesta probable: «Lo amo». ¿Qué otra cosa iba a decir? Con la nota al pie implícita de que aquella palabra se utilizaba demasiado en los tiempos que corrían. Cualquiera con la menor pretensión de estar al día «amaba» a quien fuera, por no mencionar otros usos prácticos de la palabra, como empujar a los demás a actividades sexuales en las que, si se les presentaba la ocasión, no les importaría mucho participar.

De vuelta en casa, Doc se quedó un rato mirando el cuadro de terciopelo que le había comprado a una de las familias mexicanas que montaban sus tenderetes los fines de semana por los bulevares en la llanura verde, donde la gente todavía iba a caballo, entre Gordita y la autopista. En la tranquilidad que reinaba por la mañana temprano sacaban de las furgonetas y desplegaban Crucifixiones y Últimas Cenas de la anchura de un sofá, moteros proscritos a lomos de Harleys representados con minucioso detalle, superhéroes de los bajos fondos ataviados como miembros de las Fuerzas Especiales con M16 y demás. El cuadro de Doc mostraba una playa del sur de California que nunca existió: palmeras, chicas en bikini, tablas de surf, de todo. Cuando se le hacía cuesta arriba asomarse a la tradicional ventana de cristal de la habitación de al lado, se quedaba observándolo como si estu-

viera mirando por otra ventana. A veces, cuando estaba a oscuras, el cuadro se iluminaba, por lo general si había fumado hierba, como si el botón de contraste de la Creación hubiera sido tocado apenas lo suficiente para darle a todo un leve resplandor, un filo luminoso, y prometiera que la noche estaba a punto de volverse épica.

Pero no esa noche, que sólo auguraba trabajo. Se puso al teléfono e intentó hablar con Penny, pero había salido, probablemente a bailar, a pasarse toda la noche *watuseando* frente a algún abogado de pelo corto con una prometedor carrera por delante. Chachi, a Doc tanto le daba. A continuación llamó a su tía Reet, que vivía en el bulevar al otro lado de las dunas, en una zona residencial, con casas, patios y hasta árboles, por los cuales se la había acabado conociendo como la Tree Section. Hacía unos años, tras divorciarse de un luterano del Sínodo de Misuri que no practicaba, dueño de un concesionario de T-Birds y con cierta debilidad por las atribuladas amas de casa que frecuentan los bares de las boleras, Reet se había mudado ahí con los niños desde el condado de San Joaquín, empezó a vender inmuebles y al poco ya tenía su propia agencia, que ahora llevaba desde un bungalow ubicado en la misma parcela inmensa donde se levantaba su casa. Cada vez que Doc necesitaba saber algo que tuviera que ver con el mundo inmobiliario, la persona a la que recurría era la tía Reet, que conocía a la perfección la situación de todos y cada uno de los solares, desde el desierto hasta el mar, como les gustaba decir en las noticias vespertinas.

—Algún día —profetizó ella—, habrá ordenadores que se encarguen de todo esto, lo único que tendrás que hacer es teclear lo que estás buscando, o mejor aún, decírselo de viva voz, como a ese HAL de *2001: Una odisea del espacio*, y te responderá con más información de la que puedas digerir sobre cada parcela en la costa de L.A., retro trayéndose hasta las concesiones de tierra de los españoles, hasta los derechos de agua, las servidumbres, los históricos hipotecarios, o lo que quieras, créeme, está al caer.

Pero mientras llegaba ese momento, en el mundo real, no en el de ciencia ficción, estaba el conocimiento del terreno de la tía Reet, que rayaba lo sobrenatural: las historias que raramen-

te aparecían en escrituras o contratos, sobre todo los matrimoniales, los pequeños y grandes odios familiares prolongados durante generaciones, el sentido en que fluía el agua, o solía hacerlo.

Ella respondió al sexto timbrazo. La tele se oía al fondo a todo volumen.

–Ve al grano, Doc; hoy me espera una noche movidita y todavía tengo que ponerme media tonelada de maquillaje.

–¿Qué puedes contarme de Mickey Wolfmann?

Si se tomó un segundo para respirar, Doc no lo notó.

–Mafia *Hochdeutsch* del Westside, el más gordo de los peces gordos, construcción, inversiones en cajas de ahorro y crédito, miles de millones libres de impuestos escondidos en lo más hondo de una remota montaña en algún sitio, técnicamente judío pero quiere ser nazi, para lo que se ejercita a menudo, hasta el punto de utilizar la violencia con los que se olvidan de escribir su nombre con dos eses. ¿Por qué te interesa?

Doc la puso al tanto de la visita de Shasta y de lo que ésta le había contado de la trama contra la fortuna de Wolfmann.

–En el negocio inmobiliario –comentó Reet–, bien lo sabe Dios, pocos de nosotros somos ajenos a la ambigüedad moral. Pero algunos de esos promotores hacen que Godzilla parezca un conservacionista, y puede que no te convenga meterte en esto, Larry. ¿Quién te paga?

–Esto...

–No me lo digas...: ya veremos, ¿eh? Menuda sorpresa viniendo de ti. Escúchame, si Shasta no puede pagarte, a lo mejor quiere decir que Mickey la ha plantado, ella le echa la culpa a la esposa y quiere vengarse.

–Es posible. Pero pongamos que yo sólo quiero dar una vuelta y charlar con el tal Wolfmann.

¿Lo que oyó fue un suspiro exasperado?

–No te recomendaría tu manera habitual de abordar a esos tipos. Va por ahí con una docena de moteros, sobre todo miembros de la Fraternidad Aria, para que le guarden la espalda, todos malos bichos con antecedentes penales que lo certifican. Por una vez, intentaría pactar una cita.